Santa Cecilia

SANTA CECILIA

Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

Cantora de Roma

Hay algo extrañamente luminoso en la vida de Santa Cecilia, la noble romana cuyos breves años fueron un maravilloso concierto de fe; armonía sublime entre sus deberes de patricia y de cristiana que parece adivinar su vital trascendencia histórica. Tal vez por eso, porque su vida fue tan limpia, fugaz y sonora como una nota musical, la Iglesia la ha elegido patrona universal de la música y la armonía.

Corrían los años 177-180. Reinaba en Roma el Papa San Eleuterio, duodécimo sucesor de San Pedro y tenía consigo como obispo auxiliar al que años más tarde fue el Papa Urbano I, que entonces presidía la comunidad de cristianos a la que pertenecía Santa Cecilia.

Residía el entonces obispo San Urbano en una gruta debajo de un templo de ídolos romanos, donde los fieles que preveían la persecución, acudían a oír las exortaciones del Pontífice.

Mientras duraban estas reuniones y entretanto se celebraban las ceremonias religiosas, solían cubrir los caminos de entrada algunos cristianos disfrazados de mendigos. Su misión consistía en guiar a los forasteros creyentes y la de avisar a los reunidos en caso de existir algún peligro o amenaza.

Todas las reuniones de los entonces cristianos de Roma, se realizaban en lugares subterráneos, comunicados unos con otros con intrincados túneles o pasillos llamados ***"Las Catacumbas"***, que era un enmarañado laberinto de calles subterráneas donde se perdían los más listos, y solamente los cristianos que las conocían bien podían acertar con la salida.

Aquí estaban seguros aquellos cristianos, y aquí se reunían para rezar y celebrar los sagrados cultos y oír las recomendaciones del Santo Pontífice.

La caridad de Cecilia

La principal virtud por la que se distinguían aquellos primeros cristianos era sin duda la caridad fraterna. Lo había dicho el Maestro: "*En esto conocerán todos que sois discípulos míos, en que os tenéis amor los unos a los otros*" (Jn. 13,35).

Y el amor se manifiesta por las obras, sirviendo a los demás como el Señor, que no vino a que le sirvieran sino a servir y a dar la vida en rescate por todos (Mt. 20,28).

No olvidaba Cecilia el ejemplo de Cristo cuando en la última cena, se levanta de la mesa, deja su manto y tomando un lienzo se lo ciñe. Echa agua en un lebrillo y se pone a lavar los pies de sus discípulos.

Asombrado San Pedro de lo que hacía el Señor, pues el lavar los pies era lo más humillante y sólo propio de esclavos, al querer lavárselos a él, poniéndose en pie le dice: ¡Señor! ¿Tú me vas a lavar a mí los pies? Tú que eres el más grande Señor del mundo ¿te vas a arrodillar delante de mí para lavarme los pies? ¡Eso nunca, Señor! ¡Nunca permitiré que Tú te humilles así delante de mí!

Pero Jesús, que había venido a este mundo para lavarnos con su sangre de nuestros pecados, dijo a Pedro: "Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo". Pedro contestó: "Señor, si es así, lávame todo lo que quieras" (Jn. 13,1-10).

No olvidaba Cecilia aquellas últimas palabras de Jesús: "*Ejemplo os he dado, para que así como yo lo hice lo hagáis vosotros también*" (Jn. 13,15). Por eso ella se mezclaba con los esclavos y en aquellos trabajos más duros y humillantes los relevaba y los hacía ella, lavando los pies de sus amos e incluso los de los mismos esclavos.

Persecuciones

Entre los muchos que participaban en aquellas devotísimas reuniones en las catacumbas, llamaba la atención por el fervor con que rezaba la joven Cecilia, descendiente ilustre de la familia de los Metelos. Sus virtudes eminentes la hacían aún más admirable, por el riesgo que para su juventud suponía la cruel persecución.

El martirio era en aquella época de crueles persecuciones el fin probable e iminente de los cristianos. Cecilia lo sabía y esa posibilidad de morir mártir por Cristo le alegraba el corazón.

El emperador Marco Aurelio se propuso, al parecer, por meros impulsos sentimentales, restablecer a ultranza el culto de los dioses del imperio y ya se prevé el conflicto. Al encontrarse con el cristianismo irreductible y firme como una roca, irremediablemente se produjo el choque inevitable y sangriento.

Desde hacía aproximadamente cien años en tiempos de Nerón, era el circo romano el lugar más temible para los cristianos que, por una simple denuncia o chivatazo de algún renegado, podían ser condenados a él para divertir al populacho que disfrutaba, ávido de sangre, viéndoles luchar y morir entre las garras de las fieras y los fauces de los leones.

Cecilia recordaba y meditaba en las palabras de Cristo: ***No temáis a los que matan el cuerpo, y hecho esto no pueden hacer más**...*" (Mt. 10,28). Y aquellas otras del Apóstol: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será la tribulación, la angustia o la persecución? ¡Segura estoy que en todo esto venceremos por Aquel que nos amó! (Rm. 8,35-37).

Cecilia no tenía miedo; porque, ¿qué miedo puede tener quien lo que más desea es morir para estar con Cristo?

Cecilia se consagra a Dios

Cecilia, aunque no temía morir, trata de pasar inadvertida para no exponer temerariamente su vida y la de su nodriza que la acompaña, porque así es la voluntad del Señor.

Acudía con aseduidad a las reuniones cristianas y seguramente era la más fervorosa y devota de toda la asamblea. Mientras esperaba el llamamiento de Cristo, vivía íntimamente unida a El y oraba sin cesar. Y como su dicha solamente la cifraba en Cristo, desde jovencita le consagró su virginidad.

Imaginemos la escena del día solemne de su consagración:

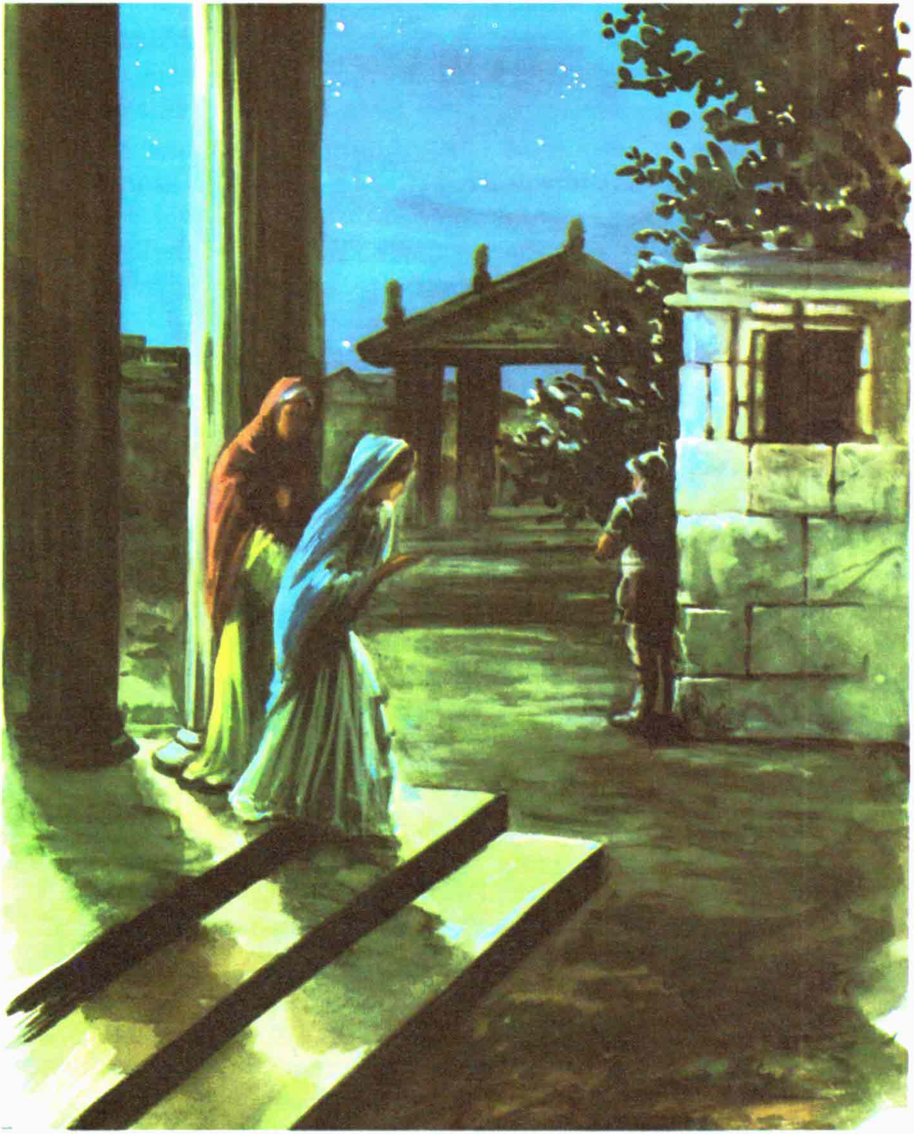
Algunas antorchas encendidas, colocadas sobre las paredes, iluminan la estancia.

Comienza la inolvidable función religiosa. Un coro de voces emocionadas se eleva entonando cánticos de alabanza al Señor. Y cuando el Pontífice Urbano está colocando el velo blanco de las vírgenes cristianas sobre la cabeza de Cecilia un murmullo de alas invisibles se escucha en cada rincón del subterráneo.

¡Ya es Cecilia esposa de Cristo! ¡Toda su vida le pertenece a El por entero! ¡De nadie podrá ser ya prometida en la tierra!

Ahora es ya la voz de Cecilia la que se eleva en armonía angélica. Y su ardor de apostolado le hace presentir en esos momentos que su diadema de esposa de Jesús será coronado de martirio, pero su bello rostro se ilumina de una dulce paz ante la idea de esta entrega.

En el camino de regreso hacia su casa, Cecilia se da cuenta que no va sola con su nodriza. Correspondiendo a esta generosa entrega, el Señor hizo gozar la intuición de la maravillosa presencia de su ángel custodio, asegurándole que velaría por su virginidad y la defendería de todo peligro.



Las bodas de Cecilia

Sin embargo, sus padres que ignoraban las promesas de su hija, la prometieron en matrimonio a un joven noble llamado Valerio, muy guapo, educado y de familia de alta alcurnia, que estaba locamente enamorado de ella.

Cecilia conocía a Valerio y sentía por él el afecto de una hermana, y deseaba tanto ganarle para Cristo que aceptó casarse con él, confiando poder convencerle del engaño de los dioses paganos y de que sólo Cristo es el único Dios verdadero.

Tenía Santa Cecilia debajo de sus vestidos de seda un áspero cilicio que la mortificaba, y renovando sus penitencias y oraciones, accedió a dar su mano al joven Valerio, confiando en Dios su conversión.

Se celebraron las bodas según el rito pagano: el palacio de los Cecelios se viste de fiestas. Esclavos y esclavas entran y salen llevando joyas brillantes, vestidos preciosos y cestas de flores.

Cecilia lleva el vestido que manda el ritual: una túnica blanca de lana, con su ceñidor también blanco, y encima un manto de color de fuego, símbolos graciosos de la pureza y del amor. Sobre el manto cae su gran melena rubia de cabellos dorados. El joven Valeriano le sale al encuentro con espléndido traje de novio y la coge de la mano.

Los jóvenes cantan, las niñas ejecutan sus danzas inocentes; se verifica la ofrenda de la leche y el vino, símbolo de la abundancia que se desea a los novios. Se derrama el agua, símbolo de la pureza que debe adornar a la esposa; le entregarían una llave, emblema de la administración confiada a su cuidado; se rompe la torta, símbolo de la unión, y la mano de Cecilia es colocada sobre la de Valerio.

La conversión de Valerio

Cuando al fin se hallaron solos los dos esposos, Cecilia, fortalecida con la virtud del Cielo, habló así a su marido:

—Mi queridísimo Valeriano, tengo un secreto que confiarte; júrame que lo sabrás respetar.

Valeriano prometió que lo respetaría, y Cecilia añadió:

—Escucha: un ángel del Señor vela por mí, porque pertenezco a Jesucristo y me ha puesto junto a mí un ángel que me guarda. Si mi ángel ve que no me amas con amor santo, me defenderá y morirás; pero si respetas mi virginidad, te amará con el mismo amor que me ama a mí y obtendrás también su gracia y protección.

Valeriano turbado contestó:

—Si quieres que crea en tus palabras, hazme ver ese ángel de Dios y haré lo que me dices; pero si no es un ángel y es que amas a otro hombre, ten por cierto que os mataré a los dos.

Replicó Cecilia:

—Para poder ver al ángel del Señor, es preciso creer en Jesucristo, bautizarse y hacerse cristiano, sólo así lo podrás ver.

—Si es así que haciéndome cristiano lo podré ver, dime cómo me puedo bautizar y hacer cristiano porque ahora mismo lo quiero ser.

Entonces Cecilia indicó a su esposo cómo y dónde podría encontrar al Pontífice Urbano, que le dijera que iba de su parte y él lo podría instruir y hacer cristiano. Corre Valerio a la catacumbas y en cuanto dijo a los mendigos de la entrada que iba de parte de Cecilia, lo recibieron con simpatía y lo encaminaron a presencia del santo obispo.

El milagro

Llegó Valeriano hasta el Pontífice, y éste, después de haberle escuchado, exclamó con entusiasmo: ¡Oh Señor Jesús!, recibe el fruto de la semilla que habéis depositado en el corazón de vuestra sierva Cecilia. ¡Aquí la tenéis! ¡Abridle las puertas del corazón para que conozca que sois su Creador y os conozca como único y verdadero Dios!

Mientras Urbano permanecía en oración, otro anciano de vestiduras blancas y aspecto venerable, apareció con un gran libro que presentó al joven, diciendo:

—Lee y cree, para que merezcas contemplar al ángel del Señor según la promesa de Cecilia.

Valerio miró al libro y leyó: "***Un solo Señor, una sola fe, un sólo bautismo; un Dios padre de todas las cosas, que está sobre todo lo creado y cada uno de nosotros.***

El anciano —que era el Apóstol Pablo— añadió:

—¿Crees que es así?

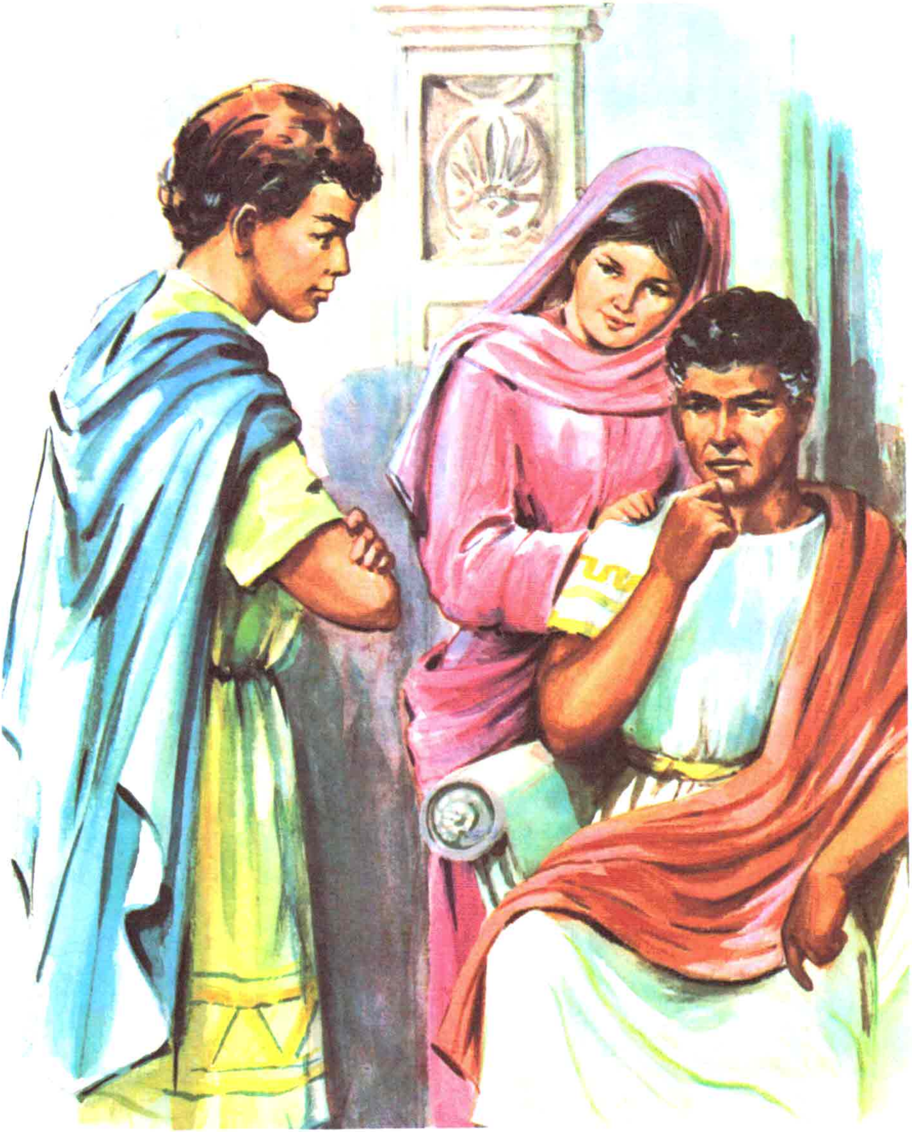
Y Valerio contestó con espontáneo acto de fe:

—No hay nada más verdadero debajo del cielo.

El Santo Apóstol desapareció en seguida.

Horas más tarde volvía Valerio vestido de la túnica blanca de los neófitos. Prosternada en tierra, Cecilia permanecía absorta, en oración; una luz deslumbrante la rodeaba y un ángel de inefable belleza flotaba junto a ella con dos coronas de rosas y lirios con que adornó las sienes de los dos esposos, diciendo:

—Os traigo estas flores de los jardines del Cielo. Conservarlas guardando vuestra pureza. Y tú, Valeriano, confortado con la castidad de Cecilia, permanece fiel y Dios te premiará.



La conversión de Tiburcio

Después de un momento de natural estupor, postrado en tierra Valerio respondió al ángel.

—Yo no seré feliz si no puedo hacer partícipe de mi felicidad a mi único hermano Tiburcio. Ahora que yo estoy a salvo, sería para mí una crueldad dejarlo a él expuesto al peligro. Así que te suplico consigas de nuestro Señor Jesucristo que libre a mi hermano Tiburcio del error de la idolatría como me ha librado a mí, y que nos haga perfectos en la confesión de su nombre y en la fidelidad a su amor.

El ángel custodio de Cecilia aceptó su petición. Aquella misma noche de madrugada entraba Tiburcio en la habitación y, acercándose a Cecilia como a una hermana, la dio un beso fraternal mientras exclamaba:

—¿De dónde viene este perfume de rosas y azucenas tan maravilloso que me embriaga si ahora no es tiempo de rosas?

Respondió Valeriano:

—¡Oh Tiburcio! Sabrás que Cecilia y yo llevamos dos coronas de hermosas rosas que tú no puedes ver todavía. Ellas son las que despiden este perfume. Si tú deseas creer en el Señor Jesús, las verás.

Con el fervor de un neófito, empezó Valeriano a instruir a su hermano mientras le animaba a renunciar a los ídolos y a convertirse al verdadero Dios. Pero como Valeriano aún no conocía bien la doctrina de Cristo, fue Cecilia la que intervino instruyendo a su cuñado Tiburcio.

Cuando dijeron a Tiburcio que era preciso ver al jefe de los cristianos, se acordó de haber oído hablar de él y preguntó:

—¿No ha sido condenado dos veces? Pues si le descubren y saben que nosotros seguimos su doctrina nos harán morir a todos.

Muerte de Valerio y Tiburcio

Habló Cecilia con tal elocuencia y convinción a Tiburcio que al momento exclamó:

—Basta, quiero bautizarme, llevadme ante el Pontífice.

Al momento fueron a ver al Obispo Urbano, el cual se alegró muchísimo y, después de completar la instrucción religiosa le administró el sacramento del Bautismo.

Continuó la catequesis durante siete días y al séptimo los consagró soldados de Cristo con la unción del Espíritu Santo.

Desde entonces ambos neófitos, rebosante de alegría y amor a Dios, se dieron enteramente a la vida cristiana, estimulados a ello por los mismos ángeles a quienes veían y con quienes conversaban frecuentemente. Los dos hermanos fueron muy pronto denunciados, y después de una heroica confesión de su fe, fueron decapitados. Se celebra su fiesta el 14 de abril.

El prefecto Almaquio trató de incautarse de los bienes de Valerio y Tiburcio, pero ya Cecilia los había distribuido entre los pobres.

Después del martirio de su esposo, manifestaba públicamente su fe, lo cual llamó la atención del prefecto. No pudo éste disimular y procedió contra ella. No obstante, no quiso citarla a su tribunal contentándose con proponerle que ofreciera sacrificios a los dioses sin ostentación pública. Comunicaron los emisarios a Cecelia la orden del prefecto, y le rogaban obedeciera y que no expusiera su juventud y felicidad temporal. Pero Cecilia les respondió:

—Morir por Cristo no es sacrificar la juventud, sino asegurarla, es dar un poco de barro a cambio del oro más puro; es dejar una morada estrecha y mezquina por un espléndido palacio. Lo que se ofrece a Jesucristo El lo paga con creces y da por añadidura la vida eterna.

Interrogatorio

Por fin llaman a Cecilia a presencia del juez, y éste le pregunta: ¿Cómo te llamas? —Ella respondió:

—Delante de los hombres me llamo Cecilia; pero mi nombre más ilustre y glorioso es "*cristiana*".

Sorprendido el juez de tal atrevimiento, le pregunta:

—¿Ignoras el poder que tengo? ¿No sabes que por la autoridad de los príncipes se me ha concedido poder de vida o muerte?

—Poder de vida, no —replicó tranquilamente Cecilia— Tú sólo tienes el poder de muerte, porque puedes quitar la vida a los que viven, pero no se la puedes devolver a los que la han perdido.

Comprendiendo Almaquio que perdía el tiempo, señalando a las estatuas ordenó:

—Sacrifica a los dioses o morirás sin remedio.

—¿Has dicho a los dioses? —replicó Cecilia— ¿Dónde tienes los ojos? ¿No ves que esas ridículas estatuas a las que llamas dioses no son más que trozos de piedras, bronce y plomo?

—Atiende a lo que dices —exclamó el prefecto—; porque si me he mostrado indiferente ante las injurias que me has dirigido a mí, de ningún modo toleraré que insultes a los dioses.

—¡Prefecto! —exclamó la Santa—; no has dicho una sola palabra cuya sinrazón no haya demostrado, y ahora te estás exponiendo tontamente a que el pueblo se ría de tí. ¿Acaso no sabemos todos que esos simulacros no son más que un poco de cal, que nada pueden ver ni oír?

No dijo más. Con aquellas palabras se había ganado decididamente su palma de gloria; ahora ya sólo le faltaba recogerla.

Martirio de Santa Cecilia

El juez Almacio estaba rabioso a punto de saltar de ira. Las burlas de Cecilia se habían ganado la simpatía de muchos de los presentes que miraban al juez con cierto desprecio. Por ello no se atrevió a pronunciar la sentencia que deseaba en contra de ella.

Ordenó que se la llevasen a casa y que encendieran al máximo el horno que calentaba el baño para abrasarla en agua hirviendo. Pero por más esfuerzos que hicieron el agua no subía de temperatura.

Fracasado en su intento mandó un verdugo a decapitarla al golpe de espada. Lo recibió la Santa con grandes muestras de alegría porque al fin le concedía el Señor el ansiado momento de pasar al Reino donde con gozo inefable podría entonar con las vírgenes y los mártires aquel cántico de amor al Esposo de sus amores.

Se arrodilló temblorosa de emoción, recogió el cabello hacia un lado descubriendo el cuello y, después de una breve y emocionante oración, inclinó la cabeza para recibir el golpe decisivo.

El soldado asestó tres golpes; pero con tan mala suerte que solamente consiguió hacer brotar un poco de sangre. No pudo continuar porque la ley no permitía pasar de los tres golpes.

Entraron al punto los cristianos que esperaban fuera. Cecilia moribunda los consolaba. Todos se le acercaban para encomendarse a sus oraciones y para recoger su sangre de santa y de mártir empapando en ella lienzos cual preciosa reliquia.

Al cabo de tres días llegó el Pontífice Urbano. Cecilia se alegró mucho de tenerlo allí en aquel momento y le encomendó el cuidado de aquellos sus amigos los pobres.

Deseos del cielo

Dice el Apóstol: "*Tengo por cierto que los trabajos y padecimientos de esta vida, no son nada en comparación con la gloria que algún día recibiremos por ellos*" (Rm. 8,18).

Este era sin duda el pensamiento que animaba a Santa Cecilia a desear el martirio para pasar cuanto antes a gozar de la gloria eterna que Dios nos tiene prometida.

Los santos son muy listos. Saben que Dios no engaña, y si Dios ha prometido hacernos felices en el cielo. ¿Por qué no habremos de desear morir pronto para ir al cielo?

Dios que es infinitamente sabio y sabe qué es lo que más nos gusta y más felices puede hacernos, si quiere puede conseguirlo porque es infinitamente poderoso y puede todo lo que quiera. ¿Pues por qué no deseamos con toda el alma morir para ir al cielo donde El hace felices a todos los que van a él?

Los que no queremos morir es porque tenemos muy poca fe y muy poca confianza en Dios. O porque somos malos y tememos que no iremos al cielo. Pero si nos arrepentimos de nuestros pecados y nos confesamos bien, no debemos temer morir, porque solamente la muerte es la que nos abre las puertas del cielo.

¡Ojalá! Dios nos conceda la dicha de una conciencia tranquila y un deseo sincero de ir al cielo, como a Santa Teresa cuando exclama:

"*Vivo sin vivir en mí*
y tal alta vida espero,
que muero porque no muero"

9 788477 700098